

su justo precio. Si su madre viviera, pensaba la infeliz joven, encontraría los medios de alentarla y endulzar el caliz de su sufrimiento. Solo con sus besos, con la solitud maternal, empequeñecería su desesperación, haciendo que la rudeza de su vida fuera más llevadera. Así eran, pues, los libros y la labor los inseparables compañeros en su infortunio.

## I I

Julietta conoció tres años antes, al caer de la tarde de un domingo de otoño, á Pablo Vernier. Como el imán atrae al acero, así Julieta se sintió atraída por la cálida mirada de aquel que más tarde debía ser su esposo.

Hija única de Mario Aubriet, viudo hacía mucho tiempo, había crecido desprovista del afecto materno. De temperamento afectuoso, soñaba siempre por encontrar algo que llenara el gran vacío de su vida. Sentía que la amistad de sus amigas era fría y ligera, y no le bastaba el cariño de su padre y de sus parientes para satisfacer la ambición de ternura que su almita de apasionada sufría.

Ese domingo, en que su destino la hizo tropezar con el hombre que más tarde se convertiría en su compañero, en su protector, llevaba el espíritu lleno de nostálgica tristeza. En todas las avenidas del paseo veía gentes dichosas. Niños tomados de la mano de sus madres; jóvenes radiantes de alegría al escuchar las palabras pronunciadas casi en voz baja, por sus enamorados; y noveles esposos que llevaban reflejada en su semblante, la imájen de la felicidad.

— ¿Porque no le era dado á ella probar también esa